

filósofo ha de empuñar el fusil, ha de publicar que la filosofía no era, propiamente hablando, la vida real, y que la vida no era la filosofía.»

»En esas oscilaciones individuales de la opinión de Fichte, se ve en pequeño aquello de que hizo históricamente la experiencia en grande Alemania, como á menudo se ha hecho en otras partes. Todos los sistemas fundados en el idealismo no pertenecen más que á pueblos ó á épocas que tienen pocas disposiciones para la vida práctica ó que tienen una

mediana fortuna política. En un Estado sano y de un desenvolvimiento favorable, como en Roma ó en Inglaterra, escuelas filosóficas con tales tendencias son imposibles. Cuando en ellos acaece una época de públicas desgracias que constriñendo la actividad se busca la compensación en la abstracción intelectual, entonces se ve escribir á un Milton un *Paraiso perdido*, que tantas materias toca, ó un Newton encontrar las leyes que rigen los movimientos de los cuerpos celestes.»



BARON LOUIS

Alemania ocupa siempre un término medio entre esas dos tendencias excesivamente positivista una, demasiado ideal la otra, y por eso Fichte interesa tanto á la historia de las ideas de nuestro siglo, porque procuró la conciliación entre el hecho y la idea en determinados períodos de su vida, pues el gran filósofo no se hizo puro ideológico sino cuando desengañado de los hombres no encontró base para sus concepciones políticas. Es entonces cuando pone el fin de la vida tan alto que su realización es imposible. Pero basta sentir para la humanidad una fe viva, basta una mirada serena dada á la historia pasada para convencerse, como dice el mismo Fichte, «que vivir para la especie es vivir para la idea.»

Schelling, lo hemos dicho, fué más idealista que

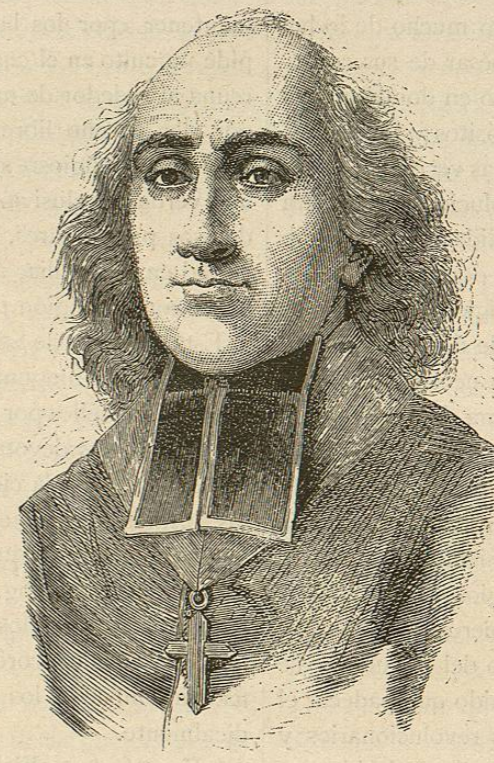
Fichte, pues Schelling no siguió los movimientos de la vida real del pueblo alemán como el primero; por esto cuando el primero alborozado por el renacimiento político de su patria anuncia días mejores, Schelling que no ve nada de esto, que no siente, que no conoce nada de esto anuncia gravemente que nuestro siglo es esencialmente idealista y que lo que en él domina «es la concentración en sí mismo.» ¿Qué tiene, pues, de extraño que Fichte condenara por «antinacional» una doctrina que no quería ver lo presente, sino que enseñaba á consolarse en el pasado con el misticismo literario é histórico, tan fatal para la humanidad como el religioso, como que su fundamento es el mismo, porque está basado en la creencia en una edad de oro que jamás ha existido, en una sociedad sin pecado que no ha existido en parte

alguna, pues en el paraíso antes de pecar Adam y Eva existía ya el pecado en idea que conocía el árbol del bien y del mal?

Así, pues, para esos ideólogos todo son caídas irremediabiles, caídas sin término, pues el abismo se va ensanchando y profundizando á medida que caemos, por esto es difícil saber si cuando tales hombres callan en medio de su gloria y se condenan ellos mismos á una vida pasiva, como lo hizo Schelling, estos hombres callan y se condenan al mu-

tismo convencidos de la irremediable perdición de la especie humana, ó si convencidos de lo contrario callan por no consentir tales desautorizaciones su amor propio.

¿Y qué les sucede á estos genios cuando se fijan en la naturaleza, que esto podemos estudiar lo mismo en Schelling que en Goethe? Que se piden á esta naturaleza revelaciones sin males positivos. Se le quiere arrancar su secreto, construirla sobre fundamentos firmes y por esto en esos espíritus todos



FRAYSINOUS

los progresos científicos los más serios como los más hipotéticos sirven para fundar sistemas y no para construir los peldaños de la gran pirámide del progreso humano. La filosofía de la naturaleza no lleva á parte alguna sino es á difundir el imperio de la superstición. Es esa escuela filosófica la que hace la fortuna de los Mesmer, de los Lavater y de los Gay. De modo que ese ideologismo que la filosofía de la naturaleza condena, reaparece en ese conocimiento arbitrario, en esa interpretación sutil de sus fenómenos. No es esto una vuelta al racionalismo por más que unas veces se atribuya el dictado de filosofía científica, pues la ciencia poco ó nada tiene que ver en sus interpretaciones arbitrarias. En cambio por lo que tienen de fatalistas sus conclusiones, lo sobrenatural encuentra en ellos un partidario cuya autoridad explota para abrir brecha en aquellos en

quienes un afortunado equilibrio los pone al abrigo de tales exageraciones.

Fichte y Schelling, pues, constituyeron dos escuelas claramente delineadas y antagónicas lo mismo en fe religiosa que en fe política, en arte que en ciencia. Estas dos escuelas tienen en literatura dos representantes. Schiller de un lado; los hermanos Schlegel del otro, Schiller es el revolucionario, es el hombre que tiene fe en la idea, en las evoluciones de la idea y en el porvenir. Por esto los liberales de Alemania proclaman como sus maestros á Kant, á Fichte y á Schiller. Los discípulos de Schiller eran de los que sufrían el yugo, esperando sacudirlo; los discípulos de Schlegel eran de los que esperaban que el bien cayera de la luna, ó de la bóveda celeste. Hé aquí por qué el ideal de esa escuela, como lo fué para Federico de Schlegel, fué el quietismo bramánico, y

como las ideas mueven siempre, estos hombres para no moverse, reemplazaban las ideas con las creaciones de la fantasía, tomando por seres reales los fantasmas de su imaginación. ¿Qué seriedad, pues, han de llevar los hombres dominados por la fantasía á los negocios públicos? ¿Cómo han de considerar á éstos, cuando no pueden comprender sus condiciones puramente fantásticas?

Ahora es cuando se puede comprender la necesidad y el carácter de la reacción religiosa de este tiempo á que nos referimos. Añádase ahora á todo lo dicho el que el Imperio sostuvo mucho de lo hecho por la Revolución y que, á pesar de sus concesiones, fué en el terreno religioso en donde apretó más la mano, en donde sus propósitos y tendencias se realizaron en actos las más de las veces.

Pero no es cierto que la Revolución pretendiera sustituir la Religión con la incredulidad. La incredulidad pudo parecer que triunfaba al dominar la Comuna de París, pero la reacción religiosa iniciada por Robespierre no hubiera sido posible de no existir evidente para los revolucionarios esa necesidad religiosa. Lo que hay es que de la misma manera que no se puede parar instantáneamente una locomotora lanzada á toda velocidad porque saltaría de los rails, de la misma manera no se pudo parar al pueblo francés dentro de los límites de lo conveniente cuando se le lanzó al asalto del fanatismo religioso.

La influencia que el clero adquiere desde los primeros días de Bonaparte, es efecto del cálculo de ese ambicioso que sabe cuanto ha tenido que padecer el clero de las exageraciones de los revolucionarios y quiere hacer de los agraviados unos agradecidos.

Luégo, por lo mismo que la revolución religiosa podía hacer más que asociarse en ese terreno, porque en este terreno aún no había verificado sus conquistas, era conveniente y preciso intentar una conciliación entre la fe antigua y la fe nueva, entre la religión y la libertad.

Schleiermacher estaba preparado para esa conciliación. Hombre profundamente religioso no sentía por la religión ninguna de las preocupaciones de la escuela liberal, ni ninguna de las simpatías de la escuela reaccionaria. Instruido y conocedor de la historia, estaba dominado por el encanto que ofrecen aquellos períodos de la historia humana en que la Religión y el Estado se confunden y compenetran hasta el punto de hacerse todo en nombre de Dios, y como en estos períodos el gran sacerdote es el jefe del Estado, Cónsul, Rey ó Emperador, las tendencias de Schleiermacher á la vez que daban satisfacción á los espíritus necesitados de creencias

tras una lucha en que tantos habían sucumbido, encontraban en los superiores una acogida favorable por lo que contribuían al restablecimiento de su autoridad absoluta. Sin embargo no se haga de Schleiermacher un amigo de la clerigalla de no importa qué religión. No; el filósofo alemán demuestra sin rebozo «sus simpatías por las pequeñas comodidades que se constituyen en Iglesias; se pronuncia con mucho celo contra el envilecimiento de la Iglesia allí en donde de ella se haría un establecimiento del Estado; rechaza la Iglesia de Estado que se quiere mantener «por los lazos impíos de los símbolos;» pide un culto en el cual una reunión libre de fieles se reuna al rededor de un sacerdote libremente elegido por ella, enseñe libremente su manera de concebir el sistema religioso sin pretender un monopolio de una verdad exclusiva. Y dicho se está que después de esos preliminares, el orador no experimenta dificultad en reconciliar á aquellos á quienes se dirige hasta con la religión positiva.

Esta doctrina de Schleiermacher sino seducía á los ortodoxos de ninguna religión, favorecía los intereses de todos ellos por la inteligencia á que predisponía á las almas devotas, á la concordia que procura por entre la fe y la ciencia, y pronto fué Fichte de los primeros en caer en las redes tendidas por Schleiermacher, lo que le valió los más crudos sarcasmos de Schelling, porque Schelling reclamaba para sí y para su filosofía, lo que era verdad, la prioridad de tales concordias entre la religión y la filosofía. Sin embargo, los dos campos se distinguían radicalmente.

«En efecto, Fichte estaba tan lejos como Schleiermacher de querer encadenar los espíritus con los grilletes de la antigua fe que se fundaba en lo que otros creyeron; miraba siempre como locos á los que pensaban que en religión un baño de agua fría, una comida y los óleos eran los medios mágicos que consagraban al hombre para hacerle apto para la virtud. Por lo contrario á las tendencias de Schelling, le repugnaban extremadamente las extravagantes prácticas de los partidarios de la filosofía de la naturaleza que, en la medicina mágica, empleaban los ritos religiosos hasta como remedios físicos; los románticos no estaban tampoco lejos de esas doctrinas, cuando terminaban sus evoluciones por su conversión religiosa.» Así resulta que para estos lo mismo que para Schelling, es inminente la apariencia de un nuevo credo, de una fe nueva. Y esta idea de una nueva religión, siempre sostenida por los románticos, es la que ha determinado los diferentes ensayos religiosos de nuestro

siglo con el mal resultado que era ya de prever: que la filosofía ha sido, es y será siempre impotente para reemplazar con sus concepciones las de la fe. Mientras dure el tiempo ó el reinado de la fe, pierden el tiempo los que quieren reemplazar el Cristo en las conciencias cristianas. Cuando en ella nunca el Cristo será para resucitar un Dios nuevo y vivo.

Guardémonos, empero, de juzgar con mezquino criterio esas conversiones de la iglesia romántica á la iglesia católica. Schleiermacher mismo que quería emancipar al mundo de las potestades eclesiásticas establecidas, amenazaba á Napoleon con el levantamiento de Alemania si se atrevía á tocar el protestantismo. Lo que quería el filósofo alemán era la religión como en los Estados Unidos, y si Schleiermacher y Fichte acabaron por querer una religión oficial, una religión del Estado, era porque comprendían que las religiones particulares no podían vivir ni organizarse por sí solas, y querían conciliar su existencia y sus derechos dentro de una institución de derecho superior que ponían en el Estado.

¡Qué extraño, pues, que cuando todas las inteligencias volvían su atención al pasado ó á las regiones ideales, hicieran lo mismo los políticos, y que la política pareciera una cosa superior á la realidad de la que debía juzgarse no sabemos con qué conocimientos extraordinarios!

Alemania, que había comprendido claramente que Napoleon había hecho de ella lo que había querido, por su desunión, por su fraccionamiento, oía con gusto á Fichte, cuando le decía que era necesario estrechar sus lazos, unirse, juntarse, confederarse: de aquí la *Tugenbund* y demás asociaciones de que ya hemos hablado. Fichte, sus compatriotas lo han dicho, es un precursor de la idea del establecimiento del Imperio germánico con Prusia á la cabeza y con exclusión de Austria. Pero «las miradas de Fichte se dirigían más allá del tiempo, á quien daba sus consejos. Comprendía que las ideas de un Estado alemán unitario no eran todavía una realidad en el pueblo, lo que era muy cierto. Preveía que en una época futura saldría el Imperio alemán de la libertad individual, llegada á su entero desenvolvimiento; pero no podía comprender que tuviera lugar lo contrario. Comprendía que, desde millares de años la nación alemana marchaba lentamente hacia la realización de esta libertad, hacia la igualdad de todos, hacia una república regida por una constitución federal. Se decía que, bajo esta forma federal y á consecuencia de su situación geográfica en el centro de los pueblos de Europa, «la República del

siglo XXII,» tendría la misión de ser, en el desenvolvimiento del genio humano, una garantía para todos los pueblos, que permitiera á cada uno de ellos correr hacia el mismo fin, con una libertad entera y conforme sus hábitos particulares.»

Fichte no se equivocaba. La república vino en Alemania en 1848: si los republicanos en Francfort no pudieron ó no supieron entenderse, no por esto Fichte dejó de ver claro en el porvenir. La unidad de Alemania se ha hecho de una manera despótica. Sus pueblos no están satisfechos, pero los aros de hierro que les tienen sujetos, les enseña á conocerse y á amarse como hermanos, lo que no se había podido hacer antes de 1848. La República del siglo XXII se ha acercado.

Combatía las tendencias liberales y democráticas de Fichte, Federico de Schlegel, quien era en todo lo contrario del filósofo del Norte. Este mostraba sus preferencias por la religión protestante, aquél por la católica; éste era un casi republicano, aquél un realista; Fichte pensaba en Berlín, Schlegel en Viena. En lo que coincidían entrambos, era en la necesidad para Europa de un centro que extendiera su influencia, sobre todos sus pueblos, y como esto no era posible sin la alianza del trono y del altar, Schlegel, si quería la restauración del imperio, la quería como en la época de Carlomagno y de los Othones, cuando el papá y el emperador no formaban más que una sola voluntad.

Desposeída Austria de su imperio de Alemania, la restauración del orden debía tener por base para Schlegel la restauración de la corona imperial en la cabeza del emperador Austriaco. Esta restauración no podía hacerse sino en perjuicio de la libertad individual, y en provecho de la aristocracia; pues bien, Schlegel, después de reconocer que los hombres libres son el alma de una nación, aceptando el hecho de su dominación por otras clases, la nobleza y la burguesía, parte del hecho que considera inmutable, como si la Revolución y los gobiernos revolucionarios no hubieren venido á probar precisamente que de lo que se trataba era de la restauración de la clase de los hombres libres. Schlegel, sin embargo, oponía al poder omnímodo de la monarquía, el poder moderador de la nobleza. Entonces fué cuando Haller hizo populares las ideas absolutistas y teocráticas de los Bonalds y Maîtres, y después de la caída de Napoleon, cuando todo se podía decir contra la libertad, fué cuando Schlegel se puso al lado de los absolutistas franceses.

Tal vez los pensadores de Alemania hubieran continuado como antes sin influencia en la Europa lati-

na, á pesar de las exaltaciones patrióticas de Gœrres que daba á Alemania la *corona de todo*, por haber mantenido su literatura pura; si la hija de Necker, la de Staël, no hubiese escrito su libro sobre Alemania.

Rodeada en la emigración la de Staël de todos los enemigos de Francia ó de sus instituciones políticas, dió rienda suelta á su mala voluntad, y como Alemania todo se le presentaba opuesto al modo de ser de Francia, exaltar á Alemania era hacer la más cruda crítica de lo que pasaba en Francia. Por



SILVESTRE DE SACY

del genio crítico de su autora y de multitud de observaciones justísimas sobre el carácter, petulancia, lengua y literaturas francesas. Pero no se olvidó que la de Staël era una ginebrina.

Napoleon comprendió de sobra que al atacar la de Staël como lo hacía el despotismo académico, lo que hacía era atacar el suyo, y como la de Staël no podía elogiar sin reserva lo alemán, como lo hacía sin ponderar igualmente lo bueno y reformador de su pueblo, contra su voluntad indudablemente propagaba dicha señora en dicho libro las ideas liberales é independientes, de las que hacía honor, dicho se está, al protestantismo. Por esto el libro de la hija de Necker fué tan buscado por la policía imperial para destruirlo, como por el pueblo para leerlo, y por esto al caer Napoleon resulta ser la de Staël una fuerza liberal.

esto comienza por apasionarse por la literatura alemana romántica, que Francia, país de buen gusto, rechazaba, pudiéndose asegurar que el romanticismo francés debe á la de Staël, si no la existencia, á lo menos la conciencia de sí misma.

La obra de la de Staël es, pues, una obra anti-francesa y toda la repugnancia que se sienta por Napoleon no ha de ser bastante para hacernos olvidar que el libro de dicha dama es una obra antipatriótica y que no puede leerse sin disgusto, á pesar

Ya es sabido que con su obra logró la ginebrina ensanchar el círculo de la literatura y de la poesía francesa, porque es propio de toda escuela académica querer encerrar las manifestaciones del arte dentro de un número reducido, preciso, fijo y delimitado de formas fuera de las cuales todo es censurable; y bajo este concepto la obra de la Staël, presentando á los franceses la rica variedad de formas de la literatura alemana, hacía un verdadero servicio á la literatura de su país; pero este aspecto de su libro, por mucho que interese á la historia literaria, ahora no nos interesa tanto como su alcance político, que fué inmenso al vencer Alemania á Napoleon, pues el prestigio de la victoria pareció confirmar todo lo que la Staël decía sobre el mérito y condiciones de las instituciones y carácter del pueblo alemán.

Favorecía, pues, la reacción la hija de Necker, no de una manera inconsciente, sino sabiendo lo que hacía, y lo mismo ha de decirse del vizconde de Chateaubriand, quien abominó de la libertad por causas que ya hemos explicado, y en su odio de la libertad Chateaubriand fué tan lejos que no vió la libertad sino en los salvajes del norte América, cuya vida y cuya independencia de toda ley le sedujeron haciéndole creer que aquel era el estado natural del hombre, al que debía volver la sociedad. Leyes y gobiernos fueron, pues, todos, sin excepción, execrados por el fantástico y exaltado vizconde, que recorrió el norte América vestido de semi-salvaje, llegando á merecer de sus compañeros la reputación de loco.

Cuando los nervios se calmaron, Chateaubriand vió con no poco asombro que la escuela romántica en masa se había convertido al catolicismo y era ahora ferviente cristiana, y sin pedir explicaciones, Chateaubriand se hizo de demagogo reaccionario furibundo. Su *Genio del Cristianismo* lo presenta él mismo como su obra expiatoria. Esta obra vino tan á punto para secundar los propósitos de Napoleon, que éste le dió la bienvenida y Fontanes la anunció é hizo su elogio el mismo día en que se restableció el culto católico en Nuestra Señora de París. Luégo Napoleon comprendió que el libro de Chateaubriand iba más lejos que él y lo condenó como una de las obras más perniciosas. Pero ya era tarde, Napoleon al restaurar en las iglesias de Francia el culto cató-



FUSELI, pintor inglés

lico, había encendido de nuevo en todas las almas el fuego del fanatismo religioso, en los unos porque les devolvía lo que amaban, en los otros porque restablecía una costumbre que había sido ley de su vida, en los otros porque les daba medios de protestar del pasado y mostrar sus simpatías por lo contrario, en otros, en fin, porque venía á llenar un vacío de su inteligencia que no había sabido ocupar la educación republicana.

El camino que tomó Chateaubriand pudo ser objeto de amargas críticas, lo mismo por parte de los burlones que de los ortodoxos. Quiso en efecto el vizconde llevar las almas extraviadas por senderos de flores, por caminos mundanos, á la beatitud celeste; pero si en esto no era ni severo ni ortodoxo, en esto mismo demostraba que á las generaciones de su tiempo no se las podía convertir si no era presentando la religión, ó mejor, el cristianismo, por sus aspectos agradables y cómodos.

Napoleon y Chateaubriand ya hemos dicho que fueron dos francos enemigos. Chateaubriand sirvió al Imperio y á su amo mientras esperó ser recom-

pensado; al ver que Napoleon no le hacía caso y le postergaba, perdió la paciencia y se declaró contra el Imperio, diciendo que si Napoleon había podido acabar con los reyes, no acabaría con él.

«Habiendo de esta suerte conservado su independencia en el campo de la inteligencia, Chateaubriand pudo continuar consagrándose enteramente á esas tendencias con las cuales quería renovar la literatura. Contemplábase con satisfacción á la cabeza de la escuela de los poetas modernos; escuela que sin embargo derribaba en religión y en política lo mismo que Chateaubriand en teoría lo mismo que en la práctica había perseguido como su ideal. Veía entre él y lord Byron un cierto parentesco en su condición natural y en sus destinos. Uno y otro poetas, tenían la misma predilección por los cuadros y las descripciones poéticas, proscritas por Lessing desde el principio de la poesía moderna. Los dos tenían como Goethe la misma tendencia á llevar en sus poesías su naturaleza personal y sus sentimientos individuales, lo que la señora de Staël declaraba ser sobre todo el signo distintivo de la poesía ale-